

ENSAYOS

IMITACIÓN Y EXPERIENCIA DE LA VIDA

Javier PARICIO

Universidad Complutense de Madrid

Pocos días atrás, nada más ser publicado, recibí el grueso volumen filosófico de Javier Gomá Lanzón, *Imitación y experiencia*, 414 pp. (Pre-Textos, Valencia, 2003). Al margen de la calidad de esta ambiciosa obra, cuyos contenidos procuraré poner luego de manifiesto con la mayor claridad de que sea capaz, se trataba de un volumen que en ningún caso podía ser para mí un libro más. A Javier Gomá lo conocí como alumno de licenciatura pocos años después de mi incorporación como catedrático de Derecho romano a la Universidad Complutense de Madrid; yo sobrepasaría ligeramente entonces los treinta años de edad, y él tendría alguno más de los veinte, pues acababa de licenciarse en filología clásica. Ya en la primera conversación extensa que mantuvimos en los primeros días del curso, a raíz de una llamativa intervención suya en clase, fui consciente de que nunca antes había tenido un alumno como él, y de que difícilmente volvería a tener otro en el futuro de semejante curiosidad y profundidad intelectual. Hablar y discutir con Javier Gomá era, es, un deleite. Ya entonces, cuando estudiaba primer curso de derecho, refería ante mi asombro sus avances en la formulación de una teoría del ejemplo y la imitación como alternativa posible al callejón sin salida en el que, a su juicio, y no sólo al suyo, habría caído la filosofía contemporánea. Siguió con ella a la par que, en un espacio de tiempo tan breve que apenas resulta creíble, concluía la licenciatura en derecho, encabezaba pocos meses después su promoción de letrados del Consejo de Estado, e iniciaba su brillante gestión en una de las más destacadas instituciones culturales españolas, que en la actualidad dirige. La amplia actividad en el plano jurídico y en el de gestión cultural, no ha impedido, sin embargo, a Javier Gomá desarrollar su faceta filosófica, como demuestran la publicación de diversos artículos monográficos, y, sobre todo, la culminación de este libro monumental —no sólo por su tamaño— largamente anunciado para cuantos hemos tenido algún trato con él.

1. La imitación constituye una idea básica en la historia de la cultura occidental, y su influencia afecta a campos variadísimos, desde la metafísica

al arte, de la teología a la sociología, de la política al derecho. Todos somos conscientes de que otros son modelos para nosotros, y de que nosotros también lo somos o podemos serlo para los demás; de que los modelos (reales o no) guían nuestra existencia y nuestras conductas desde la cuna a la sepultura. Precisamente por ello resulta asombroso que no existiera en ninguna de las lenguas de Occidente un estudio completo de la historia de la idea de la imitación, y que no se hubiera propuesto hasta ahora una teoría general de la imitación, que el autor sitúa deliberadamente al margen y como una alternativa posible a las tendencias predominantes —e incluso hegemónicas— en el siglo XX conocidas bajo la denominación de «giro lingüístico», que, en su opinión, abrazaría a casi todas las corrientes filosóficas contemporáneas, no sólo a la filosofía analítica (Wittgenstein) y corrientes próximas o derivadas de ella, alcanzando incluso, si no me equivoco, a las más nuevas corrientes, como el llamado «pensamiento débil» de Vattimo y seguidores.

Según advierte el propio Gomá, «la situación general de la filosofía no favorece tampoco hoy, en principio, una teoría de la imitación en cuanto que aquélla se mantiene en una tradición lingüística y abstracta que no admite sino con muchas dificultades el pensar concreto no representativo» (p. 46). Pese a todo, algunos filósofos, partiendo ya de estudios de Dilthey, han sugerido o intuido otros modos de pensar, y entre ellos Ortega y Gasset, que en uno de sus escritos tardíos (en concreto en su ensayo *Apuntes sobre el pensamiento, su teurgia y su demiurgia*) menciona, entre otras formas preteritas de pensar que han quedado siempre inasequibles al hombre moderno, la sapiencia o experiencia de la vida. Partiendo de esta insinuación orteguiana, el autor define, todavía a modo de esbozo, la experiencia de la vida como «el repertorio de ejemplos y antiejesemplos concretos que un hombre acumula en su conciencia con el paso del tiempo y que le sirven para adaptar la novedad de una situación presente a lo ya vivido y experimentado en el pasado con el fin de repetir el éxito o evitar el fracaso de una acción anterior» (p. 55). La experiencia vital provoca que ante una situación inesperada el hombre acuda al caudal de ejemplos y antiejesemplos que ha atesorado en su pasado, para imitarlos (o apartarse de ellos). Y como los ejemplos nunca son abstractos, sino que por su propia naturaleza presentan necesariamente siempre máxima concreción, la imitación de esos modelos de la conciencia presupone un pensar concreto sobre la elección del ejemplo correcto y la subsunción de la nueva situación experimentada en él. La experiencia de la vida sería así el contexto en que situar de modo inteligible una teoría de la imitación, preparatoria de una metafísica del ejemplo y de la idea de universal concreto.

2. La parte más extensa del libro la constituye una reconstrucción de la historia de la imitación, que en sí misma considerada tiene ya un

gran valor. Gomá divide convencionalmente esa historia en tres partes o períodos, muy desiguales entre sí; por lo demás, todos cuantos nos dedicamos de una u otra forma al estudio de la Historia somos conscientes tanto de la utilidad de las periodizaciones como del valor relativo que las mismas tienen. Las tres etapas históricas que Gomá distingue son las siguientes: i) la imitación premoderna, que abarcaría ininterrumpidamente desde los griegos hasta el siglo XVII, ii) la desaparición de la teoría de la imitación en el siglo XVIII por resultar incompatible con la Modernidad, y iii) la aparición, a la par que se produce la crisis de la Modernidad, de una nueva forma de imitación en el siglo XX, que el autor denomina «post-moderna».

En el pensamiento premoderno pueden distinguirse, a su vez, tres clases de imitación: la imitación estética de la Naturaleza, la imitación metafísica de las Ideas, y la imitación técnico-retórica de los Antiguos, que se desenvuelven en ámbitos distintos pero con constante comunicación. La imitación está, así, en la base de la interpretación platónica del mundo, lo está en la imitación de la naturaleza de Aristóteles, como lo está en los modelos retóricos romanos (*Auctor ad Herennium*, Cicerón —de modo muy particular en el *Orator*—, Quintiliano, Séneca), al igual que en la concepción artística universalmente admitida durante siglos y siglos, o en la consciente imitación de los Antiguos y de la Naturaleza en el Renacimiento, o en el clasicismo del siglo XVII. Marginalmente quisiera referir que la idea de imitación, de ejemplo, y tanto de personas reales como de modelos ideales muy concretos elaborados partiendo de la experiencia práctica, se encuentra presente de continuo en las fuentes romanas de todo tipo —no sólo en las filosóficas, aunque desde luego también en éstas: desde el *De officiis* de Cicerón a las *Meditaciones* de Marco Aurelio, por poner sólo dos ejemplos— como fundamento de opiniones y de enjuiciamiento (moral, técnico o jurídico) de conductas; y ello afecta desde las actividades consideradas socialmente como menos importantes hasta las más elevadas y de gobierno, donde se exige una especial ejemplaridad. Son los modelos admitidos y fijados por la tradición los que señalan cómo se debe actuar y qué debe ser evitado.

Pero, tras una vigencia dilatadísima en el tiempo, que abarca dos milenios, la irrupción, con la Ilustración, de la Modernidad supuso la súbita desaparición de la imitación por descansar ésta en bases incompatibles con la nueva modalidad. El hombre moderno alcanza conciencia de su poder y de su libertad y no acepta la imitación, entendida como copia de un modelo acabado ya dado. Surge la figura del «sujeto moderno», que reivindica su autonomía, su libertad y su poder creativo. Como advierte Gomá, con la Modernidad la teoría de la imitación decae en sus tres planos: la imitación de la Naturaleza es sustituida por la idea de genio, la imitación

de los Antiguos por la de progreso (las ideas de imitación y progreso resultan, en principio, incompatibles, y digo en principio porque esto precisaría de muchas matizaciones), y la imitación de las Ideas por las categorías subjetivas del entendimiento.

La entrada en crisis, aunque conservando sus conquistas, de la Modernidad a principios del siglo xx va a dar paso a un sorprendente emerger de la imitación, si bien —y en esto pone especial énfasis el autor— no se trata en modo alguno de un retorno a la antigua teoría de la imitación, sino de una nueva forma de imitación que cabría calificar de «postmoderna» (y que quizá, al menos en congruencia con lo que sugiere Muguerza en su prólogo al libro, podría acaso mejor ser llamada «transmoderna»). Esta nueva forma de imitación de modelos o prototipos morales se manifiesta en ámbitos variadísimos (sociología, psicología, literatura, etc.), y tiene su cima filosófica en la doctrina de los prototipos morales de Scheler y Bergson. De esa nueva forma, la imitación recupera en el siglo xx una sorprendente actualidad, pero el carácter disperso y fragmentario de las aproximaciones contemporáneas al fenómeno imitativo en las diferentes áreas del conocimiento no habían propiciado la formulación de una teoría general de la imitación. A ello coadyuvaba también el viejo prejuicio que asocia la imitación con mentalidades elementales o antiguas, con estadios infantiles o no emancipados del hombre. La formulación de una teoría general de la imitación es la empresa que se propone Gomá como meta.

3. La parte final del ensayo se centra, así, en sentar los fundamentos de una teoría general de la imitación, distinguiendo una «Pragmática de la imitación» y una «Metafísica del ejemplo».

La primera trata de la acción del sujeto imitador en relación con el modelo prototípico: una acción que no es irracional o ciega, sino plenamente racional, y que no se desarrolla de golpe, sino en un conjunto de experiencias que se acumulan a lo largo de la vida y que proporcionan al sujeto un determinado saber pragmático; ello permitirá al autor completar aquella primera definición ya referida de experiencia de la vida, que todavía no tenía en cuenta la idea del prototipo ejemplar, en el sentido de «saber pragmático que proporciona la experiencia de los ejemplos reconocidos, conocidos y comprendidos como prototipos por un sujeto en el transcurso de las sucesivas etapas de su vida» (p. 368), pero esta definición es también provisional, por cuanto no indaga aún sobre el ser del prototipo.

La segunda se interesa por la esencia del prototipo como modelo. En ella se trata sobre el qué se entiende por ejemplo, clases de ejemplo, cuál es su necesidad y su posibilidad; pero también se pregunta por la totalidad del sentido de la vida humana, por la posibilidad de un ejemplo perfecto, de un ejemplo de ejemplos, que fuera digno de imitación por todos los hombres de cualquier época. Tal posibilidad la contempla el autor (en las

que, a mi juicio, son las páginas más bellas y conmovedoras de toda la obra: pp. 389-394) como algo necesario pero imposible. La experiencia de la vida, desde la perspectiva metafísica, podría definirse ya de modo definitivo como «el saber basado en la propia experiencia, sobre la semejanza y mayor desemejanza del ejemplo del hombre en relación con el universal concreto, necesario pero imposible, así como el sentimiento de promesa y nostalgia que esa experiencia produce».

4. Hasta aquí la síntesis que me he permitido elaborar sobre los contenidos del libro. A diferencia de su autor, quien redacta este escrito dista de ser un filósofo, y ni siquiera podría afirmar que tenga una especial propensión a la filosofía, aunque durante años, ahora ya lejanos, procurara estudiarla con alguna profundidad, y tratara luego de mantenerse informado. Es claro que un primordial conocimiento filosófico previo y de la nomenclatura filosófica facilita la comprensión de un volumen como éste, pero tengo la seguridad de que, salvo en determinados epígrafes (que, por lo demás, tampoco son los que constituyen el nervio de la obra), la claridad con que está escrito lo hacen básicamente accesible a un público culto más amplio que el de los especialistas. En este sentido, no deja de ser encomiable el esfuerzo de Gomá por conciliar el rigor conceptual con el hacer accesible el resultado de su trabajo a un número de personas lo más amplio posible.

Mi condición de no especialista me exonera, creo, de entrar en la crítica de una obra cuya lectura me ha resultado tan apasionante como sugerente; es mucho lo que he aprendido con ella. La originalidad de la misma y la honradez de su elaboración no creo que pueda ser discutida, como tampoco la oportunidad y actualidad de la materia abordada, en un momento histórico tan desorientado y confuso como el presente; tampoco pueden ser puestos en tela de juicio ni el enorme esfuerzo creador que en ella subyace, ni las cualidades de todo tipo que esta obra deja entrever de su autor. Por lo demás, resulta evidente que un trabajo como éste abre muchas puertas a ulteriores desarrollos, y no sólo dentro del campo filosófico. No es aventurado intuir, sin embargo, que no dejará indiferentes a los partidarios de otras tendencias filosóficas, que acaso puedan incluso contemplarlo como un «giro in dietro». Hace poco tiempo, uno de los pensadores españoles con mayor reconocimiento e influjo social de la actualidad, que no procede del ámbito académico, me comentaba el ninguneo al que su persona y su obra son sometidos de continuo desde dicho ámbito; el hecho de que Javier Gomá tampoco proceda de él acaso pudiera provocar una respuesta no deseable de ese estilo, aunque en su caso tampoco falten indicios que induzcan a presumir lo contrario.

30 de noviembre de 2003.